

Sigue el desfile con un bellissimo canto al Carbón que termina de esta suerte:

Las voces de las hogueras son las voces de las selvas sumergidas—en la tumba secular de las arenas,—los gemidos de los vientos prehistóricos—que guardaron como tumbas las cortezas,—la expansión de los incendios que torcieron las raíces de los montes,—y doraron los metales del tesoro de las vetas,—conmoviendo con ruidos de grandes pasos de hierro,—la solemne arquitectura del portal de las cavernas.—Y cuál llora el corazón de las montañas—su martirio generoso desde el seno de la tierra!—Y sus llantos son de brasas (lágrimas de oro flamígero)—y aquel gran corazón mártir despedaza su grandeza,—en el bárbaro suplicio de las fraguas,—aquel gran corazón mártir de los montes de la tierra, que en su herido seno guarda transformadas en diamantes,—almas de estrellas...

«Las Vacas» es un hermosísimo poema panteísta en que está vivamente reflejado el dolor de las vacas que han llegado olfateando un charco de sangre que se levanta de la selva, donde ha sido degollada una de ellas.

Hay un árbol en la selva,—un árbol de largas hojas,—vieja lira de los vientos,—denso palio de los sueños de la sombra.—Y hay una mancha de sangre al pie del árbol excelsa,—y es una ancha mancha roja,—junto al vivac de una nómada caravana moabita—que durmió cuarenta noches con su tropa—de grandes bueyes arábigos.—al amparo de la sábana de hojas.—Y la sangre es de una vaca degollada—cuya lúgubre osamenta se disputan las raposas.

De repente, el silencio es interrumpido por un largo tropel, por un lamento triste, lleno de congojas. Son las vacas, que han llegado olfateando el olor de muerte que se levanta de la selva.

Y destilan grandes lágrimas—llenas de candor salvaje, sus pupilas soñadoras,—y la sangre derramada se humedece—empapada de gemidos y congojas.—El terror de los silencios—huye a pasos gigantescos por las rocas,—y la noche, destrenzando sus cabellos de tiniebla,—como una enorme palmera sobre aquel dolor se encorva.—¡Oh, cuán largo es ese llanto de las hembras desoladas,—sobre el húmedo degüello que en la tierra arial se borra—, junto al noble trono de águilas con que alcanzan a los astros—las rocas!

Continuando su inclinación hacia la naturaleza ha dejado un canto al viento que describe así:

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—visionario del crepúsculo, y el cuello ornado de inmensas—crines, estiende, empapándolo en los largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca, que es la Luna,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos;—la Noche viene, turbada de pensamientos solemnes—y de gemidos heroicos,—que van quedando prendidos en las ramas de los sauces como agonizantes pájaros de oro.

Es el viento el que gime, trayendo los gemidos de las tumbas olvidadas, los que dan los moribundos entregándose en brazos de la Muerte, gemidos

largos como la esperanza,—largos como una vigilia astronómica, como el brillo de la estrella,—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.

Trae los lamentos de los suicidas, los aullidos de los perros, los gemidos de las ciudades desoladas por la peste, con sus calles abandonadas; así pasa el viento.

que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosques,—largo y hondo,—largo y hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas—va arrastrándose el sollozo,—largo, largo sobre el arpa, largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo,—y hondo....

Cierra el poeta su magnífico estuche con un canto a las torres que es un verdadero derroche de imaginación y de belleza.

Colocado en una alta torre, y pudiendo abarcar muy vastos horizontes, ve pasar las procesiones de los siglos desde tiempos muy remotos.

He aquí algunos reflejos:

Y mi alma (golondrina ideal) desde su torre sigue mirando: y mira las torres más viejas levantarse entre poblaciones de esfinges, de pterodáctilos, de tortugas, de leones; sueños del hombre cuaternario, sueños bajo las palmeras, tan grandes que cada una parece una noche; sueños de gigantes llenos de vello, de gigantes cuyos dientes han quebrado las costillas sangrientas del buey salvaje; de gigantes cavadores: de montañas; de gigantes que

